EL ATAJO DE LA SEÑORA TODD

Stephen King

—Ahí va la Todd —dije.

Homer Buckland miró pasar el pequeño Jaguar y asintió. La mujer le saludó con la mano. Homer inclinó ese cabezón suyo desgreñado, pero no correspondió al saludo. Los Todd tenían una gran finca de recreo en Castle Lake y Homer era su guarda desde tiempos inmemoriales. Pero algo me decía que la segunda esposa de Worth Todd le caía tan mal como bien le había caído la primera.

Eso ocurría hace unos dos años, sentados nosotros en un banco frente a la tienda de Bell, yo con una gaseosa de naranja en la mano y Homer con un vaso de agua mineral. Corría octubre, que en Castle Rock es una época tranquila. Si bien es cierto que muchas de las casas del lago siguen recibiendo visitantes los fines de semana, la alcohólica vida social del verano ha terminado ya, y todavía no han aparecido los cazadores con sus grandes escopetas y sus costosas licencias de no residentes prendidas en las gorras anaranjadas. Las cosechas, en su mayor parte, están en los hórreos. Las noches son frescas, buenas para dormir, y las articulaciones viejas como las mías no han empezado aún a quejarse. En octubre el cielo del lago es bastante claro, pese a esas grandes nubes blancas que se mueven tan lentas; a mí me gusta su vientre achatado y ligeramente gris, como un presagio de atardecer, y puedo mirar durante largos minutos, sin aburrirme, los destellos del sol en el agua. Es en octubre cuando, sentado en el banco frente al Bell y contemplando de lejos el lago, echo de menos el gusto por el tabaco.

—No conduce tan de prisa como Ophelia —dijo Homer—. ¿Sabes?, yo pensaba que era ése un nombre muy anticuado para una mujer capaz de darle a un coche los trotes que ella le daba.

Los veraneantes del estilo de los Todd no despiertan ni con mucho el interés que ellos creen despertar en la gente que vive todo el año en las pequeñas localidades de Maine. Los de todo el año prefieren sus propias historias de amor y de odio, sus escándalos y sus rumores de escándalo. Cuando aquel tipo de Amesbury, el de los textiles, se pegó un tiro, Estonia Corbridge descubrió que, pasada una semana o cosa así, ya ni siquiera conseguía que la invitasen a almorzar para escucharle el cuento de cómo le había encontrado

con la pistola todavía entre los dedos agarrotados. En cambio, la gente aún está hablando de Joe Camber, muerto por su propio perro.

En fin, no importa. La cosa es que corremos en carreras distintas. Los veraneantes son trotones, mientras que nosotros, los que no nos ponemos corbata para hacer nuestro trabajo semanal, somos simples caballos andadores. Aun así, cuando desapareció Ophelia Todd, allá en 1973, el interés fue grande entre la gente de aquí. Ophelia era lo que se dice una mujer agradable, y había hecho mucho por la comunidad: colectas para la biblioteca Sloan, ayudas para la restauración del monumento a los Caídos, cosas de ese estilo. Y no es que lo de hacer colectas no les guste a los veraneantes. En cuanto habla uno de ellas, se les aviva la mirada y los ojos empiezan a brillarles. Les hablas de una colecta y en seguida organizan un comité, nombran un secretario y abren una agenda. Les gusta eso. Pero como les hables de dedicar tiempo (y me refiero a cualquier cantidad de él que exceda de la paliza de un cóctel después de una junta del comité), no hay nada que hacer. Por lo visto, el tiempo es lo que más valoran los veraneantes. Lo valoran tanto que, si pudieran ponerlo en conserva en tarros herméticos, caray, lo harían. Ophelia Todd, en cambio, siempre parecía dispuesta a entregar tiempo: no sólo reuniendo dinero para la biblioteca, sino trabajando en ella. Y cuando hubo que ocuparse del monumento a los Caídos a base de estropajo y puños, allí se presentó Ophelia, junto a todas las mujeres de la población que habían perdido hijos en alguna de las tres guerras, en traje de faena y con el pelo recogido bajo una pañoleta. Y como la chiquillería necesitara transporte para asistir a algún curso estival de natación, poco había que buscar para verla a ella camino del embarcadero, al volante de la lustrosa camioneta de Worth Todd, con la caja atestada de chiquillos. Una buena mujer. No de aquí, pero buena. Y cuando desapareció hubo preocupación, que no diré dolor, porque una desaparición no es lo mismo que una muerte; no es que te corten algo de un tajo, sino como si algo se te fuera por un desagüe tan despacio que no notas la pérdida hasta mucho después de haberla sufrido.

—El de ella era un Mercedes —dijo Homer en respuesta a la pregunta que yo no había hecho—. Un deportivo biplaza. Todd se lo compró allá por el sesenta y tres o el sesenta y cuatro, creo. ¿Recuerdas que cada año llevaba a la chiquillería en su camioneta a los cursos de natación?

—Sí.

—Pues, con todos aquellos críos en la caja, no pasaba de los sesenta por hora. Una mujer que era un diablo al volante.

La verdad es que Homer nunca había hablado de sus patronos. Pero luego se mató su mujer. Hacía de eso cinco años. Estaba ella arando una pendiente, cuando se le volcó el tractor y le cayó encima. Y a Homer le afectó mucho aquello. La pena le duró dos años, cosa así. Luego pareció recuperarse un poco, pero ya no era el mismo. Daba la impresión de estar esperando algo, el próximo suceso. A veces, si pasabas al atardecer frente a su casa, pequeña pero bien arreglada, le veías en el porche, fumándose una pipa y con un vaso de agua mineral puesto en la baranda, y pensabas —por lo menos yo lo pensaba—: «Homer está esperando el próximo suceso.» Y yo, aunque no me guste reconocerlo, venga a darle a eso vueltas y más vueltas, hasta que comprendí la razón. De haber sido yo, no me hubiera quedado esperando el próximo suceso, como el novio que, puesto ya el traje del casamiento y enderezada la corbata, se queda sentado en su cama del cuarto de arriba paseando miradas entre el espejo y el reloj de la repisa, esperando que den las once para poder casarse. De haber sido yo, no me habría quedado esperando el próximo suceso. Me habría quedado esperando el último.

Sin embargo, en ese tiempo de espera —que terminó cuando Homer se fue a Vermont, un año más tarde—, sí hablaba, a veces, conmigo y con algunos más, de aquella gente.

—Que yo sepa, Ophelia no conducía de prisa ni con su marido. En cambio, cuando yo iba con ella, hacía volar aquel Mercedes.

Llegó un tipo al poste y se puso a llenar el depósito de su coche. La matrícula era de Massachusetts.

—El deportivo de ella no era de estos de ahora, que funcionan con gasolina sin plomo y respingan en cuanto pisas el acelerador; el suyo era de los antiguos, con un velocímetro calibrado que superaba los doscientos kilómetros. Y de un amarillo raro. Una vez, al preguntarle yo cómo llamaban aquel color, me dijo que champaña. Pues qué rico, ¿no?, le contesté, y ella va y se echa a reír como una loca. Me gustan las mujeres que ríen, ya sabes, sin que haya necesidad de explicarles el chiste.

El del poste había terminado de servirse.

—Buenas tardes, señores —nos dijo al subir los peldaños.

—Buenas tardes —le contesté, y entró.

—Ophelia siempre andaba buscando atajos —continuó Homer, como si no nos hubieran interrumpido para nada—. A aquella mujer le chiflaban los atajos. En mi vida he visto cosa igual. Quien ahorra distancia, decía, ahorra tiempo. Y aseguraba que para su padre eso era el Evangelio. El padre, que era viajante, estaba siempre en carretera y siempre buscando atajos. Y a ella, que le acompañaba en cuanto se le presentaba la ocasión, se le pegó la costumbre.

»En una ocasión, le pregunté si no encontraba un poco extraño aquello: por una parte, lo de no mirar el tiempo cuando se trataba de liarse estropajo en mano con esa vieja estatua de la plaza, o de llevar a los chiquillos a las lecciones de natación en lugar de jugar al tenis o de darle a la botella como cualquier veraneante normal, y por la otra lo de poner tanto empeño en ahorrar quince minutos en el trayecto hasta Fryeburg, que, pensando en ello, se debía de desvelar por las noches. Me parecía a mí que eran cosas en oposición, no sé si me entiendes. Y va ella, me mira y contesta:

»—Me gusta ayudar, Homer. Y también me gusta conducir, o, al menos, a veces, cuando tiene aliciente; pero en cambio no me gusta el tiempo que lleva. Es como lo de arreglar ropa: unas veces hay que meter tela y otras hay que ensanchar, ¿comprendes?

»—Creo que sí, señora —le contesté, no muy seguro.

»—Si lo que me gustara del conducir fuese pasarme todo el tiempo al volante —continuó—, buscaría rodeos, no atajos.

»Y eso me pareció tan divertido que me eché a reír. El de Massachusetts salió de la tienda con un lote de seis cervezas en una mano y unos billetes de lotería en la otra.

—Que pase usted un buen fin de semana —le dijo Homer.

—Siempre lo hago —le contestó el otro—. Ojalá pudiera vivir aquí todo el año.

—Pues descuide, que se lo mantendremos todo en orden para cuando sí pueda venir —le soltó Homer, y el forastero rompió a reír.

Le miramos alejarse por el camino. La matrícula de Massachusetts saltaba a la vista porque era de las verdes. Según dice mi Marcy, las verdes se las da el Departamento de Tráfico a los conductores que durante dos años no hayan tenido ningún accidente en ese Estado del país, tan extraño, tan rabioso y

malhumorado. En caso contrario, dice Marcy, te ponen una matrícula roja, para que la gente la vea y tome precauciones.

—Los dos, lo mismo él que ella, eran como de aquí —dijo Homer como si el de Massachusetts le hubiera recordado ese hecho.

—Esa impresión me daba a mí —contesté.

—De los pájaros que tenemos por aquí, los Todd son los únicos que al llegar el invierno vuelan hacia el norte. Aunque me parece a mí que a la nueva no le gusta mucho volar al norte —tomó un sorbo de agua mineral y durante un rato guardó silencio, como quien piensa—. A ella, en cambio, no le importaba —continuó al fin—. Al menos, eso creo yo, a pesar de que se quejase y dijese que no era bueno. Pero las quejas eran para justificar el que siempre estuviese buscando atajos.

—Pero ¿y al marido? ¿Crees tú que al marido no le importaba que se lanzase por todas las condenadas pistas forestales que hay desde aquí a Bangor, sólo para ver si por ahí se ahorraban cien metros?

—Al marido no le importaba en absoluto —replicó Homer, y, levantándose, se metió en la tienda.

Ahí lo tienes, Owens, dije para mí: sabiendo que a Homer no conviene interrumpirle cuando está contando algo, tú vas y le cortas en mitad de lo que prometía ser una buena historia, y la fastidias.

Me quedé allí, con la cara vuelta hacia el sol, hasta que al cabo de unos diez minutos Homer salió con un huevo duro y tomó asiento. Se puso a comer el huevo, y yo, guardándome de decir nada, me dediqué a mirar el Castle Lake, que destellaba, azul, como ninguna piedra preciosa de todas las que hayan podido aparecer en historias sobre tesoros. Terminado el huevo y después de tomar un sorbo de agua mineral Homer continuó con su relato. A mí me sorprendió, pero no dije nada. No hubiera sido prudente.

—Tenían dos o tres cacharros —dijo—. El Cadillac, la camioneta y aquel endemoniado Mercedes de ella. La camioneta la dejó él aquí un par de inviernos, por si venían y les daba por ir a esquiar. Por lo general, al final del verano se llevaba el Cadillac y ella, el demonio de Mercedes.

Asentí, pero sin despegar los labios. No quería aventurar más comentarios. Aunque más tarde comprendí que aquel día se hubieran necesitado muchos para que Homer dejase lo que estaba diciendo. Llevaba mucho tiempo deseoso de contar la historia del atajo de la señora Todd.

—El diablejo aquel tenía un cuentaquilómetros parcial, y ella lo ponía a cero cada vez que salía hacia Bangor desde el lago, y dejaba que marcase lo que fuera. Lo había convertido en un juego, y a mí me daba la tabarra con él. Se detuvo, como considerando sus últimas palabras.

—No, no digo bien.

De nuevo guardó silencio, y en la frente le aparecieron una finos pliegues que le daban el aspecto de una escalera de biblioteca.

—Ophelia fingía que se trataba de un juego, pero era importante para ella. Tan importante como lo que más —e hizo un ademán con el que, creo yo, quería referirse al marido—. Tenía atestada de mapas la guantera del pequeño Mercedes, y también los había detrás, en el espacio donde los coches normales llevan el asiento trasero. Algunos eran mapas de los postes de gasolina; otros, páginas que había arrancado del Atlas de Carreteras Rand-McNally; pero además tenía rutas de las guías de excursiones por los Apalaches, y hasta mapas del Servicio Topográfico. Pero no era el que los tuviese lo que me hacía pensar que para ella no se trataba de un juego; eran las líneas que había trazado en todos ellos para indicar los atajos que había seguido o, por lo menos, intentado seguir.

»Porque más de una vez se quedó atascada y tuvo que buscar a un granjero que la sacase a fuerza de tractor y cadenas.

»Un día estaba yo alicatándole el cuarto de baño, liado con la mezcla que me salía por todas las condenadas juntas de los azulejos (aquella noche no hice más que soñar en azulejos que rezumaban mezcla), cuando apareció ella en la puerta y me dio un buen rato de conversación sobre eso. Yo le tomaba un poco el pelo, pero al mismo tiempo me interesaba. Y no sólo por el hecho de que como mi hermano Franklin vivía antes en Bangor, yo hubiese pasado por casi todas las carreteras de que ella me hablaba. Mi interés era el que un hombre como yo siente, y mucho, por conocer los caminos más cortos, aunque no siempre quiera seguirlos. ¿Tú también eres así?

—Vaya —dije.

Y es que hay algo muy atrayente en lo de conocer el camino más corto, aunque uno tome el más largo porque sabe que en casa tiene de visita a la suegra. Las más de las veces, lo de llegar rápido a destino es cosa para los pájaros, por mucho que los conductores de Massachusetts no parezcan comprenderlo. Sin embargo, el saber cómo llegar pronto a destino, o incluso el hacerlo por un camino que tu acompañante no conoce, tiene su atractivo. Son cosas que realmente suceden y de las que te acabas por dar cuenta.

—Total, que ella conocía las carreteras como un boy-scout sus nudos —continuó Homer, con una de aquellas sonrisas suyas, anchas, luminosas—. Y va y me dice, como una chiquilla: «Un momento, un momento», y yo la oigo revolver en su escritorio, y entonces regresa con una libretita que, por el aspecto, tenía hace mucho: con las cubiertas todas arrugadas, y con algunas de las páginas desprendidas de esas anillas que tienen en el lateral.

»—La ruta que sigue Worth —me dice—, y la que sigue la mayoría de la gente, es por la Nacional 97 hasta Mechanic Falls, de ahí por la 11 hasta Lewiston, y luego por la Interestatal hasta Bangor: doscientos cincuenta kilómetros.

Asentí.

«—Si quiere uno evitar la autopista, y acortar un poco, va a Mechanic Falls, toma la Nacional 11 hasta Lewiston, sigue por la 202 hasta Augusta, y luego por la 9, pasando por el lago China, Unity y Haven, hasta Bangor. Eso da doscientos treinta kilómetros.

»—Por ahí no se ahorra nada de tiempo, señora —le respondí—. Atravesando Lewiston y Augusta, ni hablar. Ahora, eso sí, tengo que reconocer que, por la Oíd Derry Road, el camino hasta Bangor es bonito de verdad.

»—A fuerza de ahorrar kilómetros no se tarda en ahorrar tiempo —replicó—. Y no digo que sea ése el itinerario que yo sigo, aunque lo he hecho una porción de veces. Yo me limito a señalar las rutas que emplea la mayor parte de la gente. ¿Sigo?

»—No —le dije—, mejor que me deje solo en este condenado cuarto de baño con todas estas condenadas junturas hasta que me vuelva tarumba.

»—En conjunto, hay cuatro itinerarios principales —continuó—. El de la Nacional 2 implica doscientos sesenta y cinco kilómetros. Lo probé sólo una vez. Demasiado largo.

»—Es el que yo tomaría si, al telefonear a mi mujer, me enterase de que la cena era a base de sobras —respondí por lo bajo.

»—¿Cómo dices? —preguntó.

»—Nada. Estaba hablando con la mezcla.

»—Ah. Pues bien, el cuarto, aunque no son muchos los que lo conocen, y eso que las carreteras son todas buenas, o por lo menos asfaltadas, es el que cruza la montaña del Pájaro Pinto, para luego seguir por la 219 hasta la 202 después de Lewiston. Desde ahí, y por la Nacional 19, se puede rodear Augusta. Y luego tomar la Old Derry Road. Por ese camino no son más que doscientos diez kilómetros.

»Yo no dije nada durante un rato, y ella debió de pensar que lo ponía en duda, porque va y me dice, un poco ofendida: "Ya sé que cuesta creerlo, pero es así."

»Le contesté que lo consideraba bastante probable, Y, pensándolo bien, me pareció que lo era, porque ése es el camino que solía tomar yo cuando iba a Bangor en vida de mi hermano. ¿Crees tú posible, Dave, que un hombre llegue... bueno, a olvidar una carretera?»

Comprendí lo que quería decir. Con la costumbre, uno llega a pensar únicamente en la autopista: no se pregunta qué distancia hay entre este punto y aquel otro, sino a cuánto queda la entrada de la autopista, que «es el camino más directo». Y eso me llevó a pensar que quizá haya montones de carreteras que nadie emplea; carreteras bordeadas por muros de piedra, auténticas carreteras con arbustos de arándanos que las resiguen, pero sin que nadie, excepto los pájaros, se pare a comer los arándanos; carreteras de donde parten caminillos engravillados, de entradas protegidas por cadenas herrumbrosas que cuelgan en arcos bajos, los propios caminillos tan olvidados como juguetes viejos, con sus orillas, que nadie recuerda y nadie frecuenta, invadidas por la hierba. Carreteras en las que ya nadie repara, salvo los que viven junto a ellas y sólo piensan en cómo abandonarlas lo antes posible y entrar en la autopista, donde no hay que preocuparse por los adelantamientos. En Maine solemos decir en broma que desde aquí no se puede ir a ninguna parte pero es posible que el chiste sea a la inversa, que seamos nosotros los inaccesibles.

—Me pasé toda la tarde allí —continuó Homer—, en aquel caluroso cuarto de baño, fijando azulejos, y ella se quedó parada en la puerta todo el tiempo, con un pie cruzado detrás del otro, las piernas sin medias, calzada con mocasines y vestida con una falda caqui y un jersey un poco más oscuro. El pelo lo llevaba recogido en una cola de caballo. Debía tener treinta y cuatro o treinta y cinco años, pero te juro que con el semblante encendido por lo que me estaba contando, parecía una universitaria que estuviera en casa de vacaciones.

»A1 cabo de un rato debió de darse cuenta del mucho tiempo que llevaba allí, de palique, porque va y me dice: "Seguro que te estoy aburriendo mortalmente, Homer." Y yo: "Ya lo creo, señora. Prefiero que se marche y me deje aquí, charlando con la condenada mezcla." »—No te hagas el listo, Homer —va y me dice. »—Que no, señora, que no me aburre usted —le aseguré yo.

»De modo que sonrió y, volviendo a lo suyo, se puso a hojear la libretita como un viajante revisando pedidos. Tenía aquellos cuatro itinerarios principales (bueno, en realidad sólo tres, porque el de la Nacional 2 lo había

descartado en seguida), pero, de ésos, conocía otras cuarentas variantes. Carreteras nacionales, carreteras sin numerar, carreteras con nombre, carreteras sin él... La cabeza ya me daba vueltas, cuando por último me dice: "¿Preparado, Homer, para saber cuál es el que bate la marca?"

»—Creo que sí —le contesté.

»—Por lo menos, lo que es la marca hasta ahora —precisó—. ¿Sabías, Homer, que en 1923 un hombre escribió en *Science Today* un artículo en el que demostraba que era imposible correr una milla, algo así como un kilómetro y medio, en menos de cuatro minutos? Lo probó con toda clase de cálculos, basados en la longitud máxima de los músculos de la pierna masculina, en la amplitud máxima de la zancada, en la máxima capacidad torácica, en el máximo de las pulsaciones del corazón, y todo un montón de otras cosas. ¡Lo que me impresionó aquel artículo! Me impresionó tanto, que se lo entregué al profesor Murray, el catedrático de matemáticas de la Universidad de Maine, para que comprobase los cálculos. Quería que lo hiciera porque estaba segura de que partía de postulados falsos o algo así. Worth pensaría probablemente que yo era absurda ("Ophelia está un poco chiflada", es lo que él dice), pero se llevó el artículo. Pues bien, el profesor Murray comprobó escrupulosamente aquellos datos y... ¿a qué no lo adivinas, Homer?

»—Pues no, señora.

»—Resultó que los cálculos eran correctos. Y que el autor partía de criterios válidos. Demostraba, ya en 1923, que un hombre no puede correr una milla en menos de cuatro minutos. ¡Lo probó! Sin embargo, ése es un tiempo que se está mejorando continuamente. ¿Y sabes lo que significa eso?

»—No, señora —respondí, aunque alguna idea tenía yo.

»—Significa que no hay marcas permanentes —dijo—. Algún día, si el mundo no salta en pedazos entretanto, alguien correrá una milla en dos minutos en una Olimpiada. Quizá se tarden cien años, o mil, pero ocurrirá. Porque no hay marcas definitivas. Existe el cero, y la eternidad, y la muerte, pero no existe nada definitivo.

»Allí estaba, con la piel de la cara reluciente de tan limpia, y con aquel pelo suyo, tirando a oscuro, estirado hacia atrás, como diciendo: "Anda, discute si te atreves". Pero yo no podía. Porque mis opiniones iban también por ahí. Creo que, en buena medida, nuestro pastor se refiere a la misma cosa cuando nos habla de la gracia.

»—¿Preparado para enterarte de cuál es la marca actual en nuestro caso? —me dice.

»—Desde luego —le contesté, e incluso dejé a un lado lo del alicatado. De todas formas, ya iba por la bañera y no quedaban por colocar más que esos

condenados trocitos de las esquinas. Ella respiró hondo y pasó a recitármelo de carrerilla, como esos tipos de las subastas en Gates Falls cuando se les ha ido la mano con el whisky. Y, aunque no lo recuerdo todo, la cosa era más o menos así.

Homer Buckland entornó los ojos durante un instante, las manazas descansando muy quietas sobre los largos muslos y la cara vuelta hacia el sol. Luego, separó de nuevo los párpados, y juro que por un momento me pareció como ella; sí señor, un viejo de setenta años con el aspecto de una mujer de treinta y cuatro que parecía una universitaria de veinte. Y como él, que no recordaba de fijo lo que había dicho ella, tampoco yo recuerdo lo que dijo Homer. Y no porque fuera complicado, sino por lo muy pendiente que estaba yo de su expresión mientras lo decía. Pero fue esto, o algo semejante:

«—Toma uno la Nacional 97 y luego corta por Dentón Street en dirección a la carretera del Ayuntamiento Viejo, que sigue hasta rodear el centro de Castle Rock, pero volviendo a la 97. Quince quilómetros más allá se encuentra una antigua pista de leñadores; internándote en ella dos kilómetros y medio, sales a la Comarcal 6, que te lleva a la Big Anderson Road por Sites' Cider Mili. Allí hay una travesía que la gente antes llamaba el Camino del Oso y que conduce a la Nacional 219. Una vez dejas atrás la montaña del Pájaro Pinto, enfilas la del Pino Macho (hoy un tramo cenagoso, pero si tomas velocidad suficiente en el trozo empedrado, puedes salvarlo), y de esa forma desembocas en la Nacional 106. La 106 cruza la plantación de Alton hasta la Oíd Derry Road, y ahí encuentras dos o tres pistas forestales; siguiéndolas, vas a salir a la Nacional 3, detrás mismo del hospital Derry, que queda a sólo seis kilómetros y medio del paso de la Nacional 2 por Etna y, desde ese punto, directo a Bangor.

»0phelia hizo una pausa, para cobrar aliento, y, mirándome, dijo:

»—¿Sabes cuánto hay por ahí, en cuenta cabal? »—No, señora —le contesté, pensando que serían como trescientos kilómetros y cuatro suspensiones rotas.

»—Hay ciento ochenta y cinco kilómetros —dijo. —Vaya, es cosa de no creerse —comenté. »—Deja esa mezcla, que se seque, y te lo demostraré —me dice—. Lo de detrás de la bañera puedes terminarlo mañana. Anda, Homer, vamos. Yo le dejaré una nota a Worth, que a lo mejor ni siquiera vuelve esta noche, y tú puedes telefonear a tu mujer. Estaremos cenando en el Pilot's Grille dentro de —mira su reloj— exactamente dos horas y cuarenta y cinco minutos. Y como sea un minuto más, te pago una botella de Irish Mist para que te la lleves a casa. Mira, mi padre tenía razón: ahorra las suficientes millas, aunque para ello tengas que atravesar todas las condenadas ciénagas y

vertederos del condado de Kennebec, y terminarás por ahorrar tiempo. Ea, ¿qué dices?

»Me miraba con aquellos ojos suyos de color castaño, como faroles, con una expresión endemoniada, que parecía decir: Líate la manta a la cabeza, Homer, y monta conmigo en este caballo; yo primera, tú después y el diablo, si quiere, detrás. Y en la cara tenía una sonrisa que decía exactamente lo mismo, y créeme, Dave, que lo deseé. No tenía voluntad ni de tan siquiera tapar aquella condenada lata de mezcla. Y desde luego no la tenía de conducir aquel endiablado cacharro suyo; sólo de sentarme donde el acompañante y mirarla mientras subía; ver la falda levantársele un poco, verla tirar de ella sobre las rodillas, o quizá no, verle relucir el pelo...»

Se interrumpió ahí, y de pronto soltó una risa ahogada, sarcástica. Una risa que sonó como un tiro de sal.

«—Mira —me dijo ella—, llamas a Megan y le dices: "Estoy con Ophelia Todd, esa mujer que te tiene tan celosa que ya ni sabes lo que te haces y ni siquiera encuentras una buena palabra que decir de ella. Pues bien, nos vamos juntos a Bangor en ese endemoniado cacharro suyo color champaña, en una prueba de velocidad, de modo que no me esperes para cenar."

»—O sea que la llamo y le digo eso. Oh, sí. Oh, desde luego.»

Y otra vez rompió a reír, con las manos descansadas sobre las largas piernas, con su naturalidad de siempre, y vi algo en su cara que me resultó odioso, y después de un momento alcanzó el vaso que tenía puesto en la baranda y tomó un trago de agua mineral.

—No fuiste —dije.

—Esa vez, no.

Rió de nuevo, con una risa más suave.

—Algo debió de ver ella en mi cara, porque fue como si volviera a encontrarse a sí misma. Ya no parecía una universitaria; su aspecto volvía a ser, sin más, el de Ophelia Todd. Miró la libreta que tenía en la mano, como si no supiese lo que era, y la apartó, casi se la escondió detrás de la falda. Le dije:

»—Bien que me gustaría hacer eso, señora, pero tengo que terminar aquí, y mi mujer está preparando asado para la cena.

»—Lo entiendo, Homer —respondió ella—. Es que me he dejado llevar un poco por el impulso. Me ocurre a menudo. Worth dice que lo hago siempre. Pero la oferta sigue en pie —añadió, poniéndose más derecha—, por si algún día quieres hacer el viaje. Incluso podrías arrimar el hombro, si me quedo atascada en alguna parte, y darle un empujón al coche. Sería una manera de ahorrarme cinco dólares —se echó a reír.

»—Le tomo la palabra, señora —contesté, y ella vio en mi cara que lo decía en serio, no por simple cortesía.

»—Y para que no te quedes con la idea de que es imposible lo de los ciento ochenta y cinco kilómetros —terminó—, sacas tu mapa de carreteras y miras qué distancia hay hasta Bangor en línea recta.

»Acabé el alicatado, me fui a casa, me comí las sobras (no había asado para cenar, y creo que Ophelia Todd lo sabía) y, una vez acostada Megan, saqué pluma, regla y mi mapa de carreteras e hice lo que Ophelia me había dicho... porque, ¿sabes?, la idea aquella me tenía como robado el pensamiento. Tracé una línea recta y calculé la distancia de acuerdo con la escala del mapa. Y me qué un poco sorprendido. Porque si se dirigía uno a Bangor desde Castle Rock como lo haría una de esas avionetas Piper Club en un día claro, es decir sin tenerse que preocupar por los lagos ni por las zonas de bosque que tiene acotadas la compañía maderera ni por las ciénagas ni por cruzar los ríos en lugares donde no hay puentes, resultaba que había ciento treinta kilómetros, más o menos.

Yo respingué un poco.

—Mídelo tú mismo si no me crees —dijo Homer—.Yo, hasta que lo hice, nunca hubiera creído que Maine fuese tan pequeño.

Tomó un sorbo y luego se volvió hacia mí. —La primavera siguiente ocurrió que Megan se fue a New Hampshire, a visitar a su hermano, y yo tuve que acercarme a donde los Todd, a retirar las contrapuertas y cambiarlas por las de rejilla. Y allí estaba el endiablado Mercedes de ella. Había venido sola.

»Salió a la puerta y dijo: "¡Homer! ¿Has venido a colocar las puertas de rejilla?"

»Y yo, al punto: "No, señora; he venido a ver si me quiere llevar a Bangor por el atajo."

»Bien, pues se me quedó mirando sin expresión alguna en la cara, y yo pensé que se había olvidado por completo de ello. Noté que me ponía colorado, como cuando uno se da cuenta de que ha metido la pata hasta el fondo. Y ya me disponía a pedirle disculpas, cuando ella, sonriendo otra vez como aquel día, me dice: "No te muevas de ahí, que voy por las llaves. ¡ Y no cambies de opinión, Homer!"

»Un minuto más tarde, vuelve con las llaves en la mano y comenta: "Si nos quedamos atascados, verás mosquitos del tamaño de libélulas."

»—Allá en Rangely, señora —le digo yo—, los he visto como gorriones, y creo que los dos pesamos lo suficiente para que no se nos lleven volando.

»—Bien —dijo, echándose a reír—, en todo caso, yo te he avisado. Andando, Homer.

»—Pero como no estemos allí en dos horas y cuarenta y cinco minutos —repliqué yo, un poco mosqueado—, usted dijo que me compraría una botella de Irish Mist.

»Ella me mira como sorprendida, abierta ya la portezuela del conductor y con un pie adentro, y responde: "Demonios, Homer, el tiempo que te di entonces era la marca de aquel momento. He encontrado un itinerario más corto y la he rebajado. Estaremos allí en dos horas y media. Arriba, Homer. Nos ponemos en camino."

De nuevo guardó silencio, con las manos apoyadas, muy quietas, sobre los muslos, y con la mirada mortecina, quizá porque veía el biplaza color champaña subiendo por el empinado caminillo de los Todd.

»—Pero antes de salir de la finca, detuvo el coche y

me preguntó:

»—¿Seguro que lo quieres hacer?

»—Písele a fondo —le respondí.

»Y lo hizo, como si el pie lo tuviera de hierro y con un cojinete en el tobillo. De lo que sucedió después, no sabría contarte gran cosa, salvo que al cabo de un momento, ya no pude quitarle los ojos de encima. Tenía en la cara una expresión extraña, una expresión a un tiempo de fiereza y de libertad, que me llenó de miedo el corazón. Era hermosa, Dave, y me sentí enamorado de ella; a cualquiera le hubiera ocurrido, a cualquier hombre y quizá también a cualquier mujer; pero al mismo tiempo me asustaba, porque pensé que podía matarme si, apartando la vista del camino, la fijaba en mí y decidía corresponder a mi amor. Iba vestida con vaqueros y una vieja camisa blanca que llevaba arremangada (se me ocurrió que, al aparecer yo, tal vez se dispusiera a pintar algo en la terraza de atrás); pero después de un rato de marcha, me pareció que llevaba una de esas túnicas, todas blancas y llenas de pliegues, que se ven en las estampas de los libros antiguos —se quedó pensativo, con la mirada perdida en el lago, a lo lejos, y el semblante muy serio—. Como esa cazadora que, según dicen, cruzaba el cielo montada en la luna...

—¿Diana?

—Ésa. Su coche era la luna. Así veía yo a Ophelia. Ya te he dicho que me sentía enamorado de ella, pero aunque entonces era yo algo más joven, no se me hubiera ocurrido intentar nada. No lo hubiera hecho ni que tuviese veinte

años; quizá lo habría hecho, sí, de tener dieciséis, y me hubiera costado la vida... si su mirada era lo que parecía, me hubiera costado la vida...

»Era como la mujer que cruzaba el cielo montada en la luna: medio cuerpo por encima del salpicadero, con sus estolas de gasa flotando detrás de ella como telarañas de plata y el pelo formándole una estela y descubriéndole las manchas oscuras de las sienes, mientras fustigaba a sus caballos y me pedía que la siguiese más y más de prisa, sin importarle que jadeasen los animales, con tal de correr más y más.

«Seguimos toda una serie de caminos forestales. Los dos o tres primeros los conocía yo, pero a partir de ahí dejé de saber dónde estaba. Cómo debimos de sorprender a aquellos árboles, que nunca habían visto un vehículo de motor, aparte de los viejos camiones madereros y los trineos mecánicos. Había que ver a aquel pequeño demonio, que con seguridad hubiera estado más a tono en Sunset Boulevard que zumbando entre aquellos bosques, subiendo cuestas avasallador, rugiente, y lanzándose por los declives entre las franjas verdes, polvorientas, del sol de la tarde. Como ella había bajado la capota, me llegaban todos los olores del bosque, esos espléndidos olores que ya conoces, como de cosas que han estado casi siempre en paz, sin que apenas las tocasen. En algunos de los tramos más cenagosos, pasamos por caminos de troncos, haciendo saltar barro por los lados, y con eso ella reía como una niña. A veces los troncos, viejos, estaban podridos, porque por algunos de aquellos caminos no había transitado nadie, salvo ella, claro está, en, me atrevería a decir, cinco o diez años. Exceptuados los pájaros y el resto de los animales que nos vieran, estábamos solos. El zumbar de aquella endiablada máquina de ella en los trechos largos, y luego su rugir cuando embragaba y reducía, era el único ruido mecánico que alcanzaba a oír yo. Y aunque me daba cuenta de que durante todo el tiempo debimos de estar cerca de algún sitio (ya sabes, hoy en día siempre es así), empezó a darme la sensación de que habíamos retrocedido en el tiempo y de que no había nada. De que si parábamos y me subía a un árbol alto, sólo alcanza ría a ver bosques, bosques y más bosques. Y a todo eso ella haciendo volar aquel demonio, risueña, con el pelo flotando a su espalda y los ojos centelleándole. De esa forma, llegamos a la carretera que lleva a la montaña del Pájaro Pinto, y por un rato volví a saber dónde mi encontraba, hasta que torció a la izquierda, y entonces sólo me pareció, durante un trecho, saber dónde estaba pero después ya ni siquiera quise engañarme con ese Nos metimos con toda la rabia por otro camino forestal, y de ahí fuimos a salir, te lo juro, a una buen, carretera, bien pavimentada, donde un poste indicado decía: CALZADA B. ¿Has oído hablar alguna vez de un carretera del Estado de Maine que se llamara CALZADA B?

—No —respondí—. Suena a cosa inglesa.

—Así es. Y parecía inglesa, con aquellos árboles, una especie de sauces, bordeándola. En ese punto me dijo:

»—Cuidado ahora, Homer; el mes pasado me enganchó uno de esos y me hizo un buen arañazo.

»Yo no sabía de qué estaba hablando, y así me di ponía a decírselo, cuando vi que, quieto del todo como estaba el aire, las ramas aquellas se movían, ondeaban. Y, bajo el verde, las hojas eran negras y estaban mojadas. No daba crédito a mis ojos. Hasta que una me arrancó la gorra y me di cuenta de que no estaba soñando.

»—¡Eh, devuélveme eso! —grité.

»—Demasiado tarde ya, Homer —dijo ella, y rompió a reír—. Pero por la luz que veo en el cielo, no llevamos retraso...

»Y a eso baja otra rama, esa vez por su lado, y le da un arañazo a ella; te juro que lo hizo. Ella agachó la cabeza, pero la rama se le enganchó en el pelo y le tiró de él. "¡Huy, qué daño!", chilló, pero al mismo tiempo reía. Al agacharse ella, el coche se fue un poco, y con eso pude ver el interior del bosque. ¡Jesús, Dave...! Todo allí se movía. Hierba que ondeaba y plantas que se pegaban unas a las otras como haciendo muecas, y sentado en un tocón vi un bicho que parecía una rana de zarzal, sólo que aquélla tenía el tamaño de un gato grande.

«Entonces, al salir de la sombra en lo alto de una cuesta, me suelta: "¿Qué? Emocionante, ¿no?"; así, como si estuviera hablando de una visita a la Casa Encantada de la feria de Fryeburg...

»Cosa de cinco minutos más tarde, enfilábamos otro de sus caminos forestales. Yo estaba de bosques hasta aquí arriba, eso puedo asegurártelo; pero aquellos eran bosques corrientes y agradables. Media hora después de eso, entrábamos en el estacionamiento del Pilot's Grille de Bangor. Y señalándome el cuentaquilómetros, me dice: "Mira esto, Homer." Lo hice, y marcaba ciento ochenta. "¿Qué opinas ahora? ¿Crees o no crees en mi atajo?"

"Aquella expresión fiera se le había borrado casi por completo; volvía a ser sencillamente Ophelia Todd. Pero la otra expresión no había desaparecido del todo: era como si fuese dos mujeres, Ophelia y Diana, y su lado de Diana la dominaba de tal forma cuando iba conduciendo por aquellas carreteras de tercer orden, que si lado de Ophelia no advertía que aquel atajo suyo la llevaba por sitios... por sitios que no están en ningún mapa de Maine, ni siquiera en los topográficos.

»—¿Qué te parece mi atajo, Homer? —preguntó otra vez.

»Le contesté lo primero que me vino a la cabeza algo que por lo general no se le dice a una dama como Ophelia Todd:

»—De mil pares de puñetas, señora.

»Se echó a reír, encantada, y entonces lo vi claro más no poder: no recordaba ninguna de las cosas extrañas que nos habían ocurrido. Ni las ramas de los sauces (que no eran sauces, qué va, ni nada que se le pareciese) que se me habían llevado la gorra, ni aquel poste con lo de CALZADA B, ni aquella espantosa rana o lo que fuera. *¡No recordaba ninguna de aquellas cosas extrañas!* O bien yo las había soñado, o bien ella había soñado que no existían. Lo único que yo sabía con seguridad, Dave, es que habíamos hecho tan sólo ciento ochenta kilómetros y estábamos en Bangor; eso y que no se trataba de un sueño: estaba allí, en el cuentakilómetros del pequeño Mercedes, en blanco y negro y bien claro.

»—Ya lo puedes decir —me contestó—. De mil pares de puñetas. Ojalá pudiera convencer a Worth de probarlo algún día... pero no hay manera de sacar de su rutina como no sea a bombazos, y seguramente haría falta un misil Titán II, porque yo creo que se ha construido un refugio antiaéreo debajo de esa rutina. Vamos, Homer, a meter algo caliente en el cuerpo.

»Y menuda la cena que me encargó, Dave; pero yo no comí gran cosa. No dejaba de pensar en lo que iba a ser el viaje de regreso, conduciendo de noche. Entonces, a mitad de la cena, se disculpó y fue a llamar por teléfono. Al volver me preguntó si me importaría llevarle el coche a Castle Rock. Dijo que había hablado con no recuerdo qué señora, que estaba en su mismo comité escolar, y que a esa mujer le había salido un problema, no sé cuál. Que ella alquilaría un coche al día siguiente, si Worth no podía ir a buscarla. "¿Te importa mucho hacer de noche el viaje de vuelta?", me preguntó.

»Me miraba como sonriendo, y comprendí que recordaba parte de las cosas; Dios sabe qué parte, pero sí lo suficiente para darse cuenta de que no intentaría volver por su camino después de anochecido, ni en ningún otro momento. En cambio, a ella, lo vi por la luz de sus ojos, no le hubiera importado en lo más mínimo.

»De modo que le dije que no tenía inconveniente, y terminé la cena mejor que la había empezado. Ya estaba anocheciendo cuando nos levantamos. Primero fuimos a donde la señora con quien había hablado por teléfono. Y al apearse me mira con aquella misma luz en los ojos y dice: "¿Seguro que no quieres esperarme, Homer? Por el camino vi un par de carreteras secundarias,

y aunque no consigo encontrarlas en mis mapas, creo que por ahí podría acortar unos cuantos kilómetros."

»—Verá, señora —le dije—, yo me quedaría; pero he descubierto que a mi edad en ninguna parte se duerme como en la propia cama. Le llevaré el coche a casa sin hacerle un solo arañazo, aunque seguramente con unas cuantas millas más que si lo condujera usted.

»Entonces rió, así, bajito, y me dio un beso. El mejor que me hayan dado en mi vida, Dave. Fue sólo en la mejilla, y era el beso inocente de una mujer casada, pero también tenía la sazón de los melocotones, o de esas flores que se abren al anochecer, y cuando sus labios me rozaron la piel, sentí... no sé de fijo lo que sentí, porque no es fácil retener las cosas que le sucedieron a uno junto a una chica que estaba en plenitud, en una época en que el mundo era joven, ni la sensación de esas cosas... No sé explicarme bien, pero creo que tú me comprendes. La memoria envuelve esa clase de recuerdos en una capa oscura que es imposible penetrar.

»—Eres encantador, Homer —me dijo—, y te adoro, por prestarme atención y por haberme acompañado.

Conduce con tino.

»Y entró en la casa de aquella mujer. Yo emprendí el regreso.

—¿Por dónde fuiste?

Rió entre dientes.

—Por la autopista, grandísimo majadero —contestó, la cara llena de arrugas como nunca se la había visto.

Se quedó mirando al cielo.

—Al verano siguiente desapareció. Yo apenas la había visto... Fue el verano que tuvimos el incendio, ¿recuerdas?, y después aquella tormenta que derribó todos los árboles. Una época de mucho trajín para un guarda. Claro está que pensaba en ella de vez en cuando, y en aquel día, y en aquel beso, y todo empezaba a parecerme un sueño. Como cierta vez, allá por mis dieciséis años, en un tiempo en que no acertaba a pensar más que en chicas. Estaba arándole a George Bascomb el campo oeste, el que mira a las montañas del otro lado del lago, soñando yo en lo que sueñan los adolescentes. Estando en eso, levanté con las gradas una piedra, y la piedra se partió y rompió a sangrar. Al menos a mí me pareció que sangraba. Le brotaba por la hendedura un jugo rojo que iba empapando el suelo. No se lo conté a nadie, salvo a mi madre, y ni a ella le conté lo que aquello significaba para mi ni lo que me había sucedido; aunque, como me lavó los calzones, quizá se enterase. Total, que ella me aconsejó que rezara. Y lo hice, pero sin llegar a ver la luz hasta que,

después de un tiempo, empezó a ocurrírseme que había sido un sueño. Sucede a veces. Hay agujeros en las cosas. ¿Sabías tú eso, Dave?

—Sí —contesté, pensando en algo que había visto una noche.

Fue en 1959, un mal año para nosotros. Pero mis chicos no sabían que lo fuera; ellos solo sabían que necesitaban comer, igual que siempre. Había yo visto, en el campo de atrás de Henry Brugger, un grupo de ciervos de cola blanca, y allí me fui con una linterna una noche de agosto. En verano, cuando están en carnes, se pueden cobrar dos; el segundo se acerca al primero y lo olisquea como diciendo: «¿Qué diablos pasa aquí? ¿Estamos ya en otoño?», y puede uno abatirlo como quien tira a los bolos. Con eso tienes carne bastante para alimentar a los críos durante dos meses, y el resto e entierra. Son dos ciervos menos que los cazadores encontrarán cuando lleguen en noviembre, pero los pequeños necesitan comer. Aquel tipo de Massachusetts dijo que le gustaría poder vivir aquí todo el año, y lo único que yo puedo añadir es que ése es un privilegio por el que a veces hay que pagar después de anochecido. Total que allí estaba yo, cuando vi en el cielo una luz grande, anaranjada. Empezó a bajar y bajar, y yo le quedé mirándola, con la boca tan abierta que la barbilla me pegaba en el esternón. La luz fue a caer al lago, que por un instante se iluminó todo con un resplandor entre morado y púrpura; parecía subir hasta el cielo. Nadie me habló nunca de aquella luz ni yo le hablé a nadie de ella, en parte porque temía que se me riesen, y en parte porque se habrían preguntado qué demonios estaba yo haciendo allí entrada va la noche. Y al cabo de un tiempo ocurrió lo que decía Homer: fue como si hubiera tenido un sueño, un sueño que me decía menos que nada, porque no podía convertirlo en algo que pudiese tocar con las manos. Era como un rayo de luna: algo sin asa y sin filo. Y puesto que no me servía de nada, dejé de darle vueltas, como hace uno cuando comprende que, de todas formas, va a despuntar el día.

—Hay agujeros en las cosas —repitió Homer, enderezándose en el asiento, como furioso—. En el mismo, condenado centro de las cosas, no a su derecha ni a su izquierda, donde hay que mirar por el rabillo del ojo y podría uno decir: «Bueno, qué demonios...», sino en el mismo centro. Están allí, y uno los rodea como haría en la carretera para evitar un bache que podría romper un eje, ¿te das cuenta? Y lo olvidas. Es como si arando, metieses la reja por vacío y, al mirar, vieras que hay un boquete en la tierra, una grieta negra como una cueva. ¿Qué harías? Pues decir para tu capote: «Date la vuelta, muchacho, y deja eso, que por ahí, a la izquierda, te queda todavía un buen trecho que hacer.» Porque no estás ahí en busca de cuevas ni de emociones de colegial, sino de un buen trabajo de arado... Hay agujeros *en el centro* de las cosas —dijo una vez más, y después guardó silencio largo rato.

Yo le dejé tranquilo. No sentía necesidad de acicatearle. Por fin dijo:

—Desapareció en agosto. Yo la había visto por última vez a principios de julio, y estaba... —se volvió hacia mí, y soltó una a una las palabras siguientes, recalcándolas—: ¡Estaba espléndida, Dave Owens! Espléndida, llena de fiereza, como indómita. Las arruguillas que antes le había notado junto a los ojos, parecían haberse borrado. Worth Todd estaba en Boston, en una conferencia o no sé qué. Yo me había quitado la camisa y estaba allí, trabajando, cuando sale ella por un extremo de la terraza y me dice:

«—Homer, no lo vas a creer. »—No, señora, pero lo intentaré —respondí.

»—He encontrado otras dos carreteras, y la última vez fui a Bangor con un recorrido de sólo ciento diez kilómetros.

»Recordando lo que antes me había dicho, contesté:
"Con todo respeto, eso es imposible, señora. Medí la distancia en el mapa, y el mínimo, tirando en línea recta, son ciento treinta kilómetros."

»Se echó a reír, más bonita que nunca, como una diosa al sol, en una de esas colinas de los cuentos, donde no hay más que hierba verde y fuentes, pero ningún bichejo que le pique a uno en los antebrazos.

»—Muy cierto —dijo—. Como que no se puede correr un kilómetro y medio en menos de cuatro minutos. ¡Se ha demostrado científicamente!

«—No es lo mismo —replique.

»—Sí que lo es, Homer. Dobla el mapa y mira entonces en cuánto queda la distancia. Puede ser algo menor que en línea recta, si lo doblas un poco, o mucho menos, si lo doblas más.

»Recordando entonces nuestra excursión, como quien recuerda un sueño, dije: "Un mapa se puede doblar, señora, pero la *tierra,* no. Al menos no habría que intentarlo. Yo no lo haría. Esas cosas hay que dejarlas tranquilas."

«—Pues no señor —me respondió—. Esa es la última cosa que en este momento no pienso dejar tranquila, porque existe y porque es mía.

"Tres semanas más tarde, seria eso como quince días antes de que desapareciera, me telefoneó desde Bangor y me dijo:

»—Worth se ha ido a Nueva York y yo salgo hacia allí, pero no sé dónde diantre he puesto mis llaves, Homer. Querría que te acercases a la casa y abrieras, para poder entrar cuando llegue.

»Bien, esa llamada fue a las ocho, justo cuando empezaba a oscurecer. Antes de salir me tomé un bocadillo v una cerveza, que me llevarían unos veinte minutos, *y* a continuación saqué la camioneta y me fui a su casa Diría yo que en todo eso tardé como unos tres cuartos de hora. Pues bien, cuando ya

entraba en el camino de los Todd, vi arder en la despensa una luz que yo no había encendido. Y, mirando eso, estuve a punto de chocar con el diablejo de ella. Estaba colocado un poco a través, como si lo hubiese puesto allí un borracho tenía salpicones de fango hasta la altura de las ventanillas, y en los laterales, pegoteadas en el barro, había como una especie de algas; sólo que, cuando las iluminé con los focos... parecieron moverse.

»Me estacioné detrás del coche y bajé de la camioneta. No eran algas aquello, sino hierbajos, pero se movían, así, despacio, con pesadez, como si estuvieran muriéndose. Quise tocar uno y... trató de enroscarse me en la mano. Fue una sensación asquerosa, terrible Retiré la mano a toda prisa y me la enjugué en los pantalones. Rodeé el coche por la parte delantera. Daba la impresión de haber atravesado como ciento cincuenta kilómetros de ciénagas y bosque bajo. Parecía cansado, eso parecía. Tenía todo el parabrisas cubierto de insectos aplastados, con la diferencia de que... insectos como aquellos no los había visto en mi vida. Había una polilla, que todavía aleteaba un poco, agonizante, del tamaño de un gorrión. Y bichos que parecían mosquitos sólo que aquellos tenían ojos de verdad, que no podía ver, y que parecían mirarme. Y a todo eso los hierbajos arañaban la carrocería del coche, como muriendo y tratando de aferrarse a algo. Lo único que se me ocurrió pensar fue: ¿Dónde demonios se habrá metido esa mujer? ¿Y cómo hizo para plantarse aquí n sólo tres cuartos de hora? Y entonces reparé en otra osa. En la rejilla del radiador, justo debajo de donde los Mercedes llevan la insignia, ésa que parece como , una estrella metida en un círculo, había un animal medio chafado. Pero sucede que la mayor parte de los animales que atropella uno en la carretera se quedan debajo del coche, porque en el momento de alcanzarles ellos están agazapados, con la esperanza de que el coche pase y puedan salvar el pellejo. Los hay, sin embargo, e vez en cuando, que saltan al paso del coche, no para parlarse, sino para largarle un buen bocado a esa cosa el demonio, que quiere matarles. Sé que eso ocurre a veces, y quizá era lo que intentaba aquel bicho. Que por e1 aspecto, tenía muy mala sangre. La bastante para lanzarse sobre un tanque Sherman. Parecía un cruce entre una marmota y una comadreja, pero con una serie de añadidos que yo ni siquiera me atrevía a mirarlos, Dave, porque herían la vista, o peor aún herían la razón. Tenía el pelaje cuajado de sangre, y de las manos le salían zarpas como de gato, pero más largas. Los

ojos eran grandes y amarillentos, sólo que estaban vidriados. De niño, tuve una canica pintada, de mármol, que era como aquellos ojos. Y tenia dientes, largos finos, casi como agujas de zurcir, asomándole por la oca. Unos cuantos se habían hundido en el propio metal de la rejilla, y por eso seguía allí: se había aferrado a su vida con los dientes. Al mirarlo comprendí que estaba lleno de ponzoña, como una serpiente de cascabel, y que cuando vio que el coche estaba por atropellarle, se lanzó sobre él para matarlo a dentelladas. No sería yo quien tratase de desprenderlo de allí, porque tenia cortes en las manos, me los había hecho con el heno, y comprendí que si el veneno entraba en ellos, me quedaría tieso en el sitio.

"Rodeé el Mercedes hacia la portezuela del conductor y la abrí. Se encendió la luz y miré lo que decía el cuentaquilómetros que ella borraba en cada viaje, y... marcaba cincuenta y medio.

»Me quedé un momento mirando esos números, y luego me dirigí a la puerta trasera de la casa. Ophelia había forzado la rejilla y roto el cristal junto a la cerradura, para pasar por allí la mano y abrir. Encontré una nota que decía: "Querido Homer: He llegado un poco antes de lo que imaginaba. ¡Di con un atajo que es una maravilla! Como no habías llegado aún, entre con escalo. Worth viene pasado mañana. ¿Podrías encargarte de arreglar el mosquitero y hacer que repongan el vidrio? Me gustaría porque a él estas cosas le inquietan mucho. Si no salgo a saludarte es que estoy durmiendo. El viaje ha sido fatigoso, ¡ pero llegué en un periquete! Ophelia."

«¡Fatigoso! Echando otra ojeada a aquel espanto que tenía prendido en la rejilla del radiador, pensé:

Desde luego que debió de serlo. Por Dios, sí que lo habrá sido.

De nuevo silencioso, hizo chascar, inquieto, un nudillo.

—Sólo volví a verla otra vez. Cosa de una semana más tarde. Worth se encontraba allí, pero estaba en el lago, nadando, dale que te dale, como quien corta leña o firma papeles. Yo creo que más bien como quien firma papeles.

»—Ya sé, señora, que esto no es asunto mío —le dije—, pero en la vida hay que saber pararse a tiempo. La noche en que rompió usted el cristal para entrar en la casa, vi empotrado en el morro del coche algo que...

»—¡Ah, la marmota! —dijo—. La quité de allí.

»—¡Jesús! ¡ Espero que lo hiciese usted con cuidado! »—Me puse los guantes de jardín de Worth —contestó—. Pero, de todas formas, no había para tanto, Homer: no era más que un pobre animalillo con un poco de ponzoña.

»—Pero, señora —repliqué—, donde hay marmotas hay osos. Y si las marmotas de su atajo tienen ese aspecto, ¿qué va a ser de usted si le sale un oso?

»Me miró, y entonces vi en ella a la otra mujer, a la Diana.

»—Si por esos caminos las cosas son distintas, Homer —dijo—, es posible que también yo lo sea. Mira esto.

«Llevaba el cabello recogido en la nuca con un pasador en forma de mariposa. Se lo soltó. Era la clase de melena que le hace preguntarse a un hombre cómo resultaría esparcida sobre una almohada. Me dijo: "Me estaban saliendo canas, Homer. ¿Ves tú alguna?" Y se separó el pelo con los dedos, para que lo iluminase el sol.

»—No, señora —contesté. Ella volvió a mirarme, los ojos chispeándole, y añadió:

»—Tu esposa es una buena mujer, Homer Buckland, pero, con serlo, yo he advertido que cuando nos encontramos en la tienda y en la estafeta de correos, donde cambiamos unas pocas palabras, me mira el pelo con un aire de satisfacción que sólo las mujeres sabemos r conocer. Sé lo que piensa y lo que dice a sus amigas que Ophelia Todd ha empezado a teñirse el pelo. Pero no es así. Más de una vez me he perdido buscando el atajo, y en una de ésas... perdí además mis canas.

»Y rió, no ya como una universitaria, sino como una colegiala. Me admiró su belleza, y también me llenó de anhelo, pero al mismo tiempo vi aquella otra belleza de su cara, y volví a sentir miedo. Miedo por ella y mi do de ella.

»—Señora —le dije—, se expone usted a perder algo más que un poco de gris de sus cabellos.

»—No —replicó—. Ya te he dicho que allí soy distinta. Allí soy... enteramente yo. Cuando salgo a las carreteras en mi coche, dejo de ser Ophelia Todd, la mujer de Worth Todd, la que no consiguió darle un hijo; tampoco soy la que trató de escribir poesía y fracasó en ello, ni la que asiste a las reuniones del comité toma notas, ni ninguna otra cosa ni nadie más. Allí estoy en el corazón de mi ser y me siento como...

»—Como Diana —dije. Ella me miró entre extrañada y sorprendida, y rompió a reír.

»—Sí, creo que eso es —respondió—, como una diosa. Aunque Diana se ajuste mejor porque yo soy una noctámbula... me encanta quedarme despierta has terminar un libro, o viendo la televisión hasta que t can el Himno Nacional..., y también porque soy mi blanca, como la luna. Worth no deja de decir que necesito un reconstituyente, o hacerme un análisis de sangre, u otras bobadas por el estilo. Pero yo creo que lo que toda mujer desea en el fondo de su corazón ser una especie de diosa; y los hombres, captando de esa idea sólo un eco deformado, nos ponen en un pedestal. ¡A una mujer, a una criatura que, es curioso pensarlo, como no se acuclille para orinar, se lo hace piernas abajo! Sin embargo, lo que un hombre percibe no es lo que una mujer desea. Lo que una mujer desea es la libertad. La libertad de estar de pie, si le apetece, o la de caminar... —los ojos se le fueron hacia aquel diablejo suyo, estacionado en el caminillo, y los entornó—, o de conducir, Homer. Eso es algo que los hombres no ven. Piensan que lo que una diosa quiere es tumbarse en una ladera de las colinas del Olimpo y comer fruta; pero eso no tiene nada de divino. Lo que una mujer quiere es lo mismo que quiere un hombre: una mujer quiere conducir.

»—Lo único que yo le pido, señora, es que mire por dónde conduce —le dije.

»Se echó a reír y, plantándome un beso en mitad de a frente, respondió: "Lo haré, Homer." Pero yo sabía que aquello no significaba nada, y lo sabía porque lo dijo como el hombre que le promete a su esposa, o a su novia, que se andará con cuidado, sabiendo que no ha de hacerlo... que no puede.

»Volví a mi camioneta y desde allí la saludé con la mano, y una semana más tarde Worth denunció su desaparición. La suya y la de aquel endiablado Mercedes. Después de esperar siete años, Todd pidió que la declarasen muerta a efectos legales. Para hacer bien las cosas, esperó otro año, y luego se casó con la segunda señora Todd, la que pasó hace un rato. Y no cuento con que reas una sola palabra de toda esta condenada historia.

En el cielo, una de aquellas grandes nubes de vientre achatado se desplazó lo bastante para dejar a la vista el espectro de la luna, en cuarto creciente y

blanca como a leche. Y a la vista de aquello, algo saltó en mi corazón, mitad de miedo y mitad de amor.

—Pues sí la creo —dije—. Hasta la última condenada palabra. Y aunque no fuera cierta, Homer, merecería serlo.

Me pasó un brazo por detrás del cuello y me estrechó contra sí, que es todo lo que podemos hacer los hombres puesto que el mundo no nos permite besar más que a las mujeres, y, rompiendo a reír, se puse en pie.

—No sé si merecería serlo, pero lo es —dijo. Se sacó el reloj de bolsillo del pantalón y lo miró—. Tengo que ir a echar un vistazo a la finca de los Scott. ¿Me acompañas?

—Creo que me voy a quedar un rato aquí —contesté—, pensando.

Se encaminó a los escalones y, ya allí, se dio la vuelta y me miró, con una media sonrisa.

—Creo que ella estaba en lo cierto —dijo—. Verdaderamente era distinta en aquellos caminos que encontraba... Ningún ser se hubiera atrevido a tocarla. A ti o a mí, tal vez, pero a ella, no. Y también creo otra cosa. Que ahora es joven.

Y con eso subió a la camioneta y salió hacia la finca de los Scott, a echarle un vistazo.

De eso hace dos años, y como creo haberles dicho ya, Homer se fue después a Vermont. Una noche vino a verme. Se había peinado y afeitado y llevaba una loción que olía muy bien. Tenía la cara despejada y los ojos vivos. Aquella noche se le hubieran dado no sus setenta años, sino sesenta, y me alegré por él, al tiempo que también le envidiaba y le odiaba un poco. La artritis es un pescador grande, viejo y de muy mala baba, y el aspecto que Homer presentaba aquella noche no en para nada el de quien tiene clavados en las manos los anzuelos de la artritis, como a mí me ocurría.

—Me marcho —dijo.

—¿De veras?

—De veras.

—Está bien. ¿Ya has dicho dónde han de enviarte las cartas?

—No quiero que me envíen ninguna —respondió—. Dejo pagadas mis deudas. Voy a empezar una nueva vida.

—Bien, pues dame tus señas, muchacho, que te pondré unas líneas de vez en cuando —dije, sintiendo ya que la soledad me envolvía como una capa... y, al mirarle, me di cuenta de que las cosas no acababan de ser lo que parecían.

—Todavía no las tengo —me respondió.

—Entiendo. ¿De veras es Vermont a donde vas, Homer?

—Bueno, es algo que decir a los curiosos.

Aunque estuve a punto de callarlo, por fin se lo pregunté:

—¿Qué aspecto tiene ahora?

—El de Diana —contestó—. Sólo que ella es más amable.

—Te envidio, Homer —le dije, y era verdad. Salí a la puerta. Era el crepúsculo y estábamos en pleno verano, en ese momento en que el perfume del lauco desborda los campos. La luna llena trazaba en el ago un camino de plata. Homer cruzó el porche y bajó os peldaños. Había un coche parado en la herbosa cuneta, con el motor girando en vacío pero lleno de fuerza, como solían los de antes, que aún, cuando liberan toda su potencia, dejan atrás a los propios torpedos. Y ahora que lo pienso, aquel coche no dejaba de parecerse a un torpedo. Se veía algo gastado, pero todavía con el aire de poder cumplir con lucimiento sin jadear.

Homer se detuvo al pie de los escalones y recogió algo: era su lata de gasolina, la grande, con cabida para cuarenta litros. Bajó por el caminillo y se acercó al coche por el lado del acompañante. Ella se inclinó y le abrió la puerta. Al encenderse la luz del interior, la vi un momento: la cara enmarcada por la larga melena roja, la frente fulgiéndole como una lámpara. Fulgiendo como la luna. Homer entró en el coche y ella arrancó. Me quedé en el porche, siguiendo con la mirada los pilotos de aquel endiablado coche suyo, que centelleaban rojos en la oscuridad y se iban haciendo más y más pequeños... Primero eran como ascuas, luego como luciérnagas y luego desaparecieron.

Se fue a Vermont, digo a la gente de aquí, y eso creen, porque Vermont es todo lo lejos que alcanzan a ver en su imaginación. A veces yo mismo lo creo, sobre todo cuando me siento cansado, cuando no puedo más. Otras veces, en cambio, pienso en ellos. Lo he hecho todo este octubre. Será porque octubre es la época en que los hombres piensan en lugares lejanos y en los caminos que podrían llevarles allí. Me siento en el banco que da frente a la tienda de Bell y pienso en Homer Buckland y en la hermosa muchacha que se inclinó para abrirle la puerta cuando él llegó por el caminillo con la lata roja, llena de gasolina, en la diestra: una muchacha que parecía no tener más de dieciséis años, una muchacha que estrena su permiso de conducir. Su belleza era terrible, pero no creo que matase ya al hombre que la viera. Yo la vi, cuando sus ojos me alumbraron un instante, y no por eso me mató, si bien una parte de mí cayó muerta a sus pies.

El Olimpo será un arrobo para los ojos y para el corazón, y no falta quien lo anhele y, quizá, quien encuentre el camino que lleva derecho hasta él; pero yo conozco Castle Rock como la palma de mi mano, y ni por todos los atajos de todas las carreteras del mundo podría dejarlo jamás. En octubre, el cielo del lago, sin ser ningún arrobo, es bastante claro, pese a esas grandes nubes blancas que se mueven lentas. Yo me siento aquí, en el banco, y pienso en Ophelia Todd y en Homer Buckland, y no forzosamente con el deseo de estar donde ellos..., pero sí, a veces, echando de menos el gusto por el tabaco.